

Mariano Placón Salas

La Literatura en Venezuela

NOTAS INFORMATIVAS



IN tradición colonial,—Venezuela, como Chile, había sido una colonia pobre y desdeñada por los españoles,—nace con la Independencia la Literatura Venezolana. Antes, sólo se habían escrito en el país las crónicas en que frailes y escribanos relataban los sucesos de la Conquista, la vida de los indios y el gobierno pacífico y tedioso de los primeros Gobernadores y Capitanes generales. Alguna monja, como Sor María Josefa Paz Castillo, exhumada y alabada por Menéndez y Pelayo en su «Antología de Poetas Hispano-Americanos», cantaba en versos gongorinos—que no salían del claustro—sus preocupaciones místicas y el panegírico de los santos de su mayor devoción.

De entre los historiadores y cronistas, sólo uno, José de Oviedo y Baños, habló de la belleza de la tierra, de las gentes y sus costumbres, con algún sentimiento artístico. Y el segundo tomo de la «Historia de Oviedo» permaneció inédito largos años entre los papeles de un Convento, acaso considerado herético por Sus Paternidades, celosos fiscales de la cultura e ilustración colonial. Fundada la Universidad de Caracas en 1725, la solemne ocasión de un grado daba oportunidad a los traviosos doctores de festejar al optante con versos y discursos festivos, que se llamaban «vejámenes». En estos vejámenes el ingenio nacional empieza a sacudirse de la modorra de los clautros, de las retóricas latinas con hipérbaton; relampaguean y lucen las primeras palabras y adagios criollos, y sonríe esa cosa tan fresca, tan resignada y nacional, que es la «guasa».

¡La guasa! En nuestros momentos de dolor e incertidumbre, ese irónico escepticismo de nuestro pueblo nos ha dado cierto sentido de comedimiento y proporción: nos ha librado de las actitudes infladas, altas o ridículas, y hasta el aristócrata Simón Bolívar se entretenía con cuentos, refranes y murmuraciones criollas, cuando a su vista y paciencia, los godos le armaban la encerrona de Ocaña, en 1828.

No hemos sido tan impulsivos y tropicales como ha querido decírsenos, y yo apelo al valor sencillo y espontáneo como un acto natural, al valor sin discursos, de un héroe nuestro como Páez; y pasando de los guerreros a los es-

critores, a la frase ajustada, nervuda y gallarda de un Baralt o un Cecilio Acosta.

No rompió, pues, el sopor de nuestra vida colonial la obra de ningún artista: se rezaba y dormía como en todo América, desde México hasta Buenos Aires. A fines del siglo XVIII, los recursos de sus familias han empujado a Europa a algunos venezolanos como Miranda, que, en contacto con los libros y los hombres de la Revolución, serán después los removedores del ambiente.

Pobre y sacrificada es la niñez y juventud de Andrés Bello (1780) y José Luis Ramos (1781), los primeros de nuestros escritores por orden de fecha. La aquiescencia de unos frailes les permite estudiar en los conventos,—a ellos, que no pertenecen a familias aristocráticas;—husmean cuanto escaso libro pueden conseguirse, y celebran como una fiesta la llegada del Barón de Humboldt (1800) buen alemán que no confía mucho en la ciencia de los conventos, del Seminario y del Real Colegio de San Felipe y solicita los jóvenes a quienes pueda infundirles sus ideas, y que tengan buenas piernas para acompañarle a escalar las montañas de Venezuela.

En compañía de Humboldt asciende Andrés Bello la pendiente y difícil serranía del Avila, 3.000 y más metros de altura, (año de 1801).

• • •

La Independencia son catorce años de lucha incesante (1810-1824). Mueren trescientos mil venezolanos en la guerra. Soldados de Venezuela van a pelear hasta Potosí, en el Alto Perú. La sociedad venezolana se desbanda, se esparce por las Antillas, por Nueva Granada, por Panamá. La única palabra que suena es la de Bolívar. Educado en Europa, discípulo de un filósofo tan extravagante y libérrimo como don Simón Rodríguez, él, no sólo hace la revolución en los campamentos, sino en la sociedad, en las costumbres. Escribe cartas, constituciones, códigos, discursos políticos, proclamas. Tiene tiempo hasta para los atildados billetes de amor como los que dirigía a las bellas y veleidosas limeñas, y a su constante y fiel Manuelita Sáenz. Su actividad se dilata en los negocios de cinco países. Junto con los guerreros, ha reunido los letrados más distinguidos, el granadino Restrepo, el ecuatoriano Olmedo, los venezolanos Gual, Peñalver, Palacios, Talavera.

• • •

1840.—Pleno romanticismo. La República parece segura entre las manos de un patriarcal caudillo como Páez y su sucesor, el ilustre Soublette. En los años corridos desde que en 1830, al separarse de la gran Colombia, se constituyó la República de Venezuela, se han escrito las leyes, los códigos, las constituciones. Se modernizan los colegios y Universidades con sabios como Vargas y Cajigal, con extranjeros eminentes como Codazzi. Se hacen exploraciones geográficas y botánicas por todo el país. Hay prensa y partidos de oposición. Un periodista,

Antonio Leocadio Guzmán, constituye un partido con las clases populares, traduce artículos liberales y socialistas del francés, ofrece al pueblo reparto de tierras. Los problemas nacionales son discutidos por una prensa libre y brillante. Se extinguen los conventos de hombres. Se expulsan los obispos que no quieren jurar una constitución liberal.

Y nace la Literatura venezolana con obras tan perfectas como la «Historia de Venezuela» de Rafael María Baralt, modelo de elegancia literaria; los estudios críticos del humanista Ramos, los juicios históricos de Fermín Toro, las poesías frescas e intencionadas de Rafael Arvelo.

Por entonces, el Romanticismo ejerce influencia avasallante. Las novelas francesas, los dramas históricos de Víctor Hugo, la poesía desesperada y quejumbrosa de los románticos españoles,—Espronceda, Pastor Díaz, Zorrilla,—alimentan la sociedad venezolana del 40 al 50. También hay un romanticismo político y social que se inspira en Lamennais y Quinet. Abundan los ensayos políticos y religiosos. Los liberales que acompañan a Antonio Leocadio Guzmán en su periódico y en su campaña partidaria, son los voceros de estas ideas. Se repiten como en toda América las bellas palabras de democracia, libertad religiosa, más justa distribución de la riqueza. Se lee a Bentham y a Stuart Mill.

En cuanto al romanticismo literario de segunda mano, que nos venía en los versos de los poetas españoles y ponía de moda las actitudes desenfrenadas, fué vapulado en memorables artículos por el egregio humanista y literato don Fermín Toro. Pero tan fuerte era la moda, que el propio don Fermín se vió luego arrastrado por ella y escribió poemas de amor y novelas exóticas que acaecían en Tebas, en Venecia, en Corinto. Menos vivieron estas novelas y poemas de don Fermín que sus estudios históricos y sus admirables discursos parlamentarios.

Venezolano es y de la época don José Heriberto García de Quevedo, compañero de Zorrilla en Madrid, autor de dramas y leyendas románticas, que arrastró una vida aventurera, fecunda en lances de amor y de fortuna.

Marlín y Lozano son entonces los dioses de nuestra poesía. Hacen versos de amor con la misma melancolía y el mismo idioma de los románticos españoles. Marlín pone en verso algunas sugerentes tradiciones de la Colonia. Retirado desde muy joven a un solitario pueblecito de la costa, canta la belleza de su río y la sencillez de su paisaje campestre. A la bondadosa y simple mujer que le acompañaba en sus faenas agrícolas, le eleva un canto que aún hoy puede leerse por la naturalidad de su inspiración y su frase emocionada.

Frente a ellos, que son poetas populares, ídolos del pueblo, se levantan los poetas y escritores académicos que vivían en Caracas, usaban sombrero de copa y hacían odas. Son tantos, que no me dan ganas de citarlos. Petrificados se quedan en los libros y Antologías. Menéndez Pelayo fué bondadoso con algunos de ellos y los incluyó en su «Antología de Poetas Hispano-Americanos».

Para el «Teatro Caracas», que funciona desde el año 40 con actores nacionales, escriben algunos jóvenes de la época romántica,—José Antonio Calcaño, Heraclio de la Guardia, los Manriques, los Mendozas,—largos dramas históricos, inspirados en los de Víctor Hugo.

Florenia, París, Venecia,—las ciudades amadas de los románticos,—sirven de escenario a estos dramas. Los críticos de la época, que velaban por la tradición española, como el eminente humanista Ramos, censuran los galicismos y el desorden delirante de sus autores.

Pequeño el ambiente para un tan distinguido escritor, Baralt, se había ido a Europa después de la publicación de su magnífica «Historia». Se estableció en Madrid, se dedicó al periodismo y a sus amados estudios de investigación filológica, conquistó un sillón en la Academia y ya no se acordó de la patria, sino para dedicarle odas como aquella en que evoca la ciudad de su nacimiento:

Tierra del sol amada:
donde inundada de tu luz fecunda,
en hora malhadada
y con la faz airada
me vió el lago nacer que te circunda.

• • •

TENDENCIAS NATIVAS.—Las tendencias nativistas que surgían en la Literatura americana cerca del año 40 con obras como el «Facundo» de Sarmiento, las leyendas y poemas del brasileiro Alençar, los versos del cubano Plácido, tienen en Venezuela su eminente propagador e intérprete con Juan Vicente González. Humanista de vastísima e inquieta cultura, es González la figura central de nuestro Romanticismo. El halla en la agitada historia de nuestro país, en los hombres de la guerra de independencia, los elementos pintorescos para escribir esa fulgurante descripción de la vida venezolana en los primeros días del 800, que es la *Biografía de José Félix Ribas*. En pró de su causa conservadora, libra durante más de veinte años acerbos polémicas de prensa; ataca al Dictador Monagas y crea con sus imprecaciones, con sus sombríos anagramas en prosa, todo un género literario. No conozco en la Literatura de América, «dije en otra ocasión», sátiras políticas con que comparar las de Juan Vicente González; acaso las «Catilinarias» de Montalvo. En este género vario, creación de su fantasía, diríase un Rochefort que escribiese con la pluma de los grandes románticos,—de Chateaubriand, de Lamartine—.

Encarcelado por el Dictador, todavía envía desde la cárcel los apóstrofes tremendos, que denomina «Eco de las Bóvedas».

En su «Revista Literaria» y en su diario «El Herald», juzga a los autores nuevos que vienen de Francia, de España, de Inglaterra; escribe estudios de historia y crítica literaria, episodios de la vida nacional, biografías, cuadros de costumbres. En una «Historia Universal» que escribe para entretenerse en sus días de prisión; adopta el método pintoresco de Thierry y Michelet y se aprovecha para hacer alusiones políticas. En esta «Historia» el libro favorito de toda una generación romántica. Escribe «Las Mesenianas», evocaciones de sus amigos muertos, de sus

recuerdos de juventud, de los agitados acontecimientos que le tocó presenciar. Es el panegirista de los héroes y el detractor de los tiranos.

Otros escritores que vendrán después de él, en él se inspirarán. Eduardo Blanco, autor de esa Iliada de nuestra vida criolla que se llama «Venezuela Heroica»; Marco Antonio Saluzzo, Laureano Villanueva. Sus odios, sus simpatías, sus afectos, todo el ardor de un alma insaciable, quimérica y apasionada, los puso este hombre en una vasta labor que resume toda la vida venezolana en aquellos agitados días.

Lo mejor de su obra,—sus «Sátiras Políticas»—, aun no se ha recopilado en libro, porque los tiranos de mi patria verían alusiones. Porque allí creó un Infierno donde se refuerzan y se muestran desnudos los enemigos de la patria, que, según frase de él, eran sus enemigos.

Por conseguir una Literatura nacional, con motivos y personajes regionales, batallan del 50 al 80 escritores como el costumbrista y folklorista Daniel Mendoza, el humorista Nicanor Bolet Peraza, Francisco de Sales Pérez, el cuentista Julio Calcaño.

El sabio Aristides Rojas emprende desde 1860 una vasta y amena labor de investigación histórica, y publica varios volúmenes de leyendas y tradiciones nacionales. Además, los libros más serios que formarán sus «Orígenes Venezolanos». Forma toda una escuela de escritores, de entre los que todavía superviven tradicionalistas como Tulio Febres Cordero.

UNA FIGURA EXCEPCIONAL.—Su vasta obra de humanista y escritor crea a Cecilio Acosta (1820-1881) un sitio excepcional entre nuestra tradición literaria. En uno de los más servientes y hermosos ensayos que salieron de la pluma de José Martí, él nos ha contado la vida de Cecilio Acosta, a quien el egregio libertador cubano se acercara en demanda de afecto, ciencia y consejo, en sus azarosos días de desterrado en Caracas. Toma relieve y proporción en el ensayo de Martí la figura del maestro venezolano, estimulador de nuestra cultura durante un largo periodo de la vida nacional; formador de generaciones; artífice de la palabra. Sus estudios de Literatura general, como el magnífico tratado sobre el origen de la novela, sus discursos académicos, sus síntesis históricas, sus ensayos pedagógicos, sus páginas de crítica social, las cartas en que trataba problemas americanos, sus sátiras en prosa—que para hallarles analogía en la Literatura Española precisaría compararlas con los «Sueños» de Quevedo,—asumen en nuestra pequeña Literatura de entonces un carácter extraordinario. Olvidada por Gobiernos materialistas—y sabido es que en nuestros países los gobiernos lo hacen todo—la obra de Cecilio Acosta, el Gobierno de Gómez se acordó de ella para recopilarla cuando el Centenario de la Independencia (1911). En una informe recopilación de ocho o nueve gruesos volúmenes se juntó cuanto estaba disperso, sin orden, sin sentido crítico, de prisa, como para que saliera en una fecha determinada, y Gómez apareciese como Mecenas. Desde su vida astral, un espíritu tan atildado y armonioso como el de Cecilio Acosta debe haberse horrorizado de esta compilación con que marcarían algunos letrados de palacio. Sin embargo sirvió para que

Rufino Blanco Fombona extractara de ella y publicara en su Editorial de Madrid, un volumen de «*Cartas Venezolanas*».

En cuanto a su vida, Cecilio Acosta fué ejemplar. En la época de revueltas y malos gobiernos en que le tocó vivir lo menos que se necesitaba era un humanista, y luchó desesperadamente con la miseria. Aunque la índole de su espíritu, su modestia, su timidez lo recomendaban para una labor de contemplativo, bella e inútil, tuvo el valor de no desentenderse del problema venezolano. Cuando fué preciso decir verdades las dijo, y una vez impresionó y atemorizó al tirano con un terrible diálogo de espectros. Desechó las ofertas y regalos con que quisieron acallarlos los poderosos. A los sesenta años influía y era el más entusiasta en un grupo de juventud universitaria que quería enfrentarse a Guzmán Blanco. Célibe y casto como un asceta. No viajó nunca, carecía de dinero para viajar, y tuvo que vivir evocando...

Cuando murió se le enterró silenciosamente porque el Tirano temía a los estímulos libertarios que suscitaba su nombre.

Ayudó a formar una generación de humanistas como los Calcaño, los Tejera, Saluzzo, Núñez de Cáceres, Zerpa, Méndez y Mendoza, Alvarado, que han mantenido en Venezuela—a pesar de las borrascas de nuestra política—la devoción de la cultura clásica.

UN PROCURSOR DE LA POESÍA MODERNISTA.—Entre los poetas venezolanos surgidos después del año 60 tiene interés la figura de Juan Antonio Pérez Bonalde, hombre de cultura poliglota, perfecto traductor de poetas extranjeros (Poe, «*El Cuervo*», Heine «*El Cancionero*»), quien se aparta de los rima-dores románticos de la época y busca su inspiración en otros motivos. Su obra de traductor fué más vasta y cuidadosa que su obra original y rebaja ésta. Como poeta original merece recordarse. Incrédulo, pesimista, sobrio, amargo e irónico es en todo diferente a lo que en estas tierras templadas del Sur, se llama un poeta tropical. Hay algo de nórdico en este hombre que pasa casi toda su vida en los Estados Unidos y países sajones de Europa—Inglaterra, Alemania—; una casa yankee lo nombra su administrador en un puerto de la China. Vive muchos años entre hombres de otra raza, otra sensibilidad, otro idioma. Ya viejo vuelve a morir a Venezuela. Escribe su «*Vuelta a la patria*», uno de nuestros grandes poemas. Huye de todos los homenajes que los grupos literarios quieren tributarle. Se esconde en un pueblecito de la costa—Maiquetía—y un hombre tan activo, ya nada hacía sino contemplar el mar. El pueblecito era fanático: vivía y gobernaba allí no sé qué congregación religiosa, y existía una milagrera imagen que iban a visitar fieles de lueños comarcas, en sonadas peregrinaciones. Los frailes, las mujeres, los peregrinos lo cercan, y a él—al blasfemo, al hereje de otros días—por medio de una de esos movimientos de las multitudes aldeanas, antes de morir lo obligan a confesarse. El sacerdote levanta un acta que la firma todo el pueblo, y se apresura a enviarla a los periódicos.

Un día, en compañía de otros muchachos de mi generación, fuí al Cemente-

rio de Caracas, a visitar la tumba de Pérez Bonalde. El guardia del Cementerio ignoraba donde estaría. No constaba tampoco en los Registros que revisamos.

Para que no pierdan el viaje—nos decía el guarda—miren este monumento. (Y nos señalaba con su candidez de paleta, el enorme sarcófago —asirio, babilonio, custodiado por varios leones de piedra—que se hizo erigir uno de los generales de nuestras guerras civiles...)

HACIA 1880.—Hacia 1880 ya habían muerto los grandes escritores clásicos de Venezuela—Baralt, Fermín Toro, Juan Vicente González, Cecilio Acosta.—Es una época tal vez de mediocridad literaria, pero de intensa agitación científica y social. Guzmán Blanco ha consumado un movimiento liberal que laicizó la Instrucción Pública, extinguió las congregaciones religiosas, movilizó los bienes de manos muertas y capellanías y creó nuevos programas y métodos radicalmente diferentes en la enseñanza. En la Universidad de Caracas se explica Ciencia positiva por tan ilustres maestros como el biólogo venezolano Villavicencio (cuyos tratados son modelos de elegancia literaria), el historiador y antropólogo Aristides Rojas, el químico Gaspar Marcano, el naturalista alemán Ernst. En estos claustros se forma una generación nueva, libre y estudiosa, que se ha de gloriar con nombres como el del biólogo Razetti, el historiador y lingüista Lisandro Alvarado, el historiador Gil Fortoul, quien primero aplica el método de Taine a la historia de Venezuela («Historia Constitucional de Venezuela», «El Hombre y la Historia»); el ilustre antropólogo y gallardísimo escritor Elías Toro, el sociólogo y crítico López Méndez, muerto prematuramente.

A este movimiento en la Ciencia y la Filosofía responde en Literatura el naturalismo. El primero de nuestros escritores naturalistas de entonces y el verdadero fundador de la novela venezolana es Manuel Vicente Romerogarcía, vigoroso y recio temperamento de escritor, autor de «Peonía», novela sensacional para el tiempo, y fiel pintura de nuestro campo y nuestra ciudad. Es, además, Romerogarcía un temido libelista, cuyas polémicas de prensa renuevan y agitan multitud de problemas nacionales, analizan y desmenuzan reputaciones y consagrados valores. Junto a él se acogen para hacer sus primeras armas, jóvenes escritores como César Zumeña y Miguel Eduardo Pardo.

Empieza a publicarse «El Cojo Ilustrado», gran revista literaria destinada a tener un ascendiente extraordinario en la vida intelectual del país.

Venezuela está preparada para el modernismo y hacia 1890 surgen sus escritores y poetas representativos. Hablaremos de algunos:

Pedro Emilio Coll, joven que ha pasado algunos años en Europa, es uno de los jefes del movimiento. Funda la revista «Cosmópolis», donde hace extensa labor de divulgación de literaturas extranjeras. Se corresponde con Rodó, Rubén Darío, Berisso, Leopoldo Díaz, los jóvenes que en otros países de América inician un movimiento semejante. Con el fruto de sus primeras lecturas y meditaciones, con los comentarios impresionistas que le sugieren ciertos aspectos de la vida nacional escribe su primer libro «Palabras». Después «El Castillo de Elsinor», la tragicomedia «Homunculus», múltiples ensayos diversos.

Con un bellissimo libro de impresiones de Italia «Sensaciones de Viaje» se inicia como escritor Manuel Díaz Rodríguez. Se le considera desde entonces como el maestro de la prosa artística en Venezuela. Es nuestro Flaubert, nuestro d'Annunzio. Aborda la novela psicológica, el estudio de temperamentos excepcionales en «Confidencias de Psiquis», «Sangre Patricia», «Idolos Rotos»; el ensayo estético: «Camino de Perfección», «Sermones Líricos»; la fantasía en prosa «Cuentos de Color». En su madurez evoluciona hacia la simplicidad campesina y escribe «Música Bárbara», «El Pozo Encantado». Sus tendencias estéticas formaron escuela; y durante cerca de tres lustros se escribió como Díaz Rodríguez, se pensó como Díaz Rodríguez.

Temperamento esencialmente latino—se educó en Italia y los italianos son los que más han influido sobre él—Díaz Rodríguez ha perdido en este momento de la vida intelectual venezolana el enorme ascendiente que ejercía sobre los jóvenes. La nueva generación es más ruda, más desmañada y no se amolda al armonioso comedimiento del maestro. Lee a los rusos y tiene una violencia iconoclasta que siempre desdeñó como fealdad estética, el artifice de «Camino de Perfección».

Dos tendencias se marcan en la obra abundante de cuentista y novelista de Urbaneja Alchepohl. Una eglógica al modo de Mistral, que le inspira tan bellos poemas como su «Botón de Algodonero»; otra legendaria semejante a la de Valle-Inclán, que le dicta hermosas evocaciones de nuestro pasado—leyendas de las guerras civiles, historias de bandidos, de frailes y de caudillos.—Su obra más extensa es ese ingenuo canto a la tierra venezolana que es la novela «En este País».

Pedro César Dominici es de esta generación, y se presenta a la admiración de cierta mesocracia literaria—la misma que lee a Vargas Vila—con su almibarado—Dyonysos.

Antes de convertirse en el vigoroso crítico de «La Ley del Cabestro» y «El Continente Enfermo», Zumeta escribe las hermosas páginas impresionistas de sus «Escrituras y Lecturas».

Y hace sus primeras armas por el año 95, ese anárquico, revuelto y apasionado Blanco Fombona. Su obra múltiple de panfletista, novelista e historiador ha sido bastante divulgada en la América Latina para que yo insista en ella.

Eloy G. González escribe libros pintorescos, anecdóticos y amenísimos, sobre historia de Venezuela. «Al Margen de la Epopeya», «Dentro de la Cosiata», «La Ración del Boa», «Varones». Se llaman estos libros.

En la poesía—sin haber ningún gran poeta—mencionaremos al fácil y melodioso Mata, al fino y elegíaco Racamonde, a Churion y a Potentini. Al propio Blanco Fombona...

EN EL 900.—De entre los escritores surgidos después del 900 mencionaremos a aquellos que tienen una fuerte obra realizada y que han aportado un espíritu o expresión nueva a nuestra literatura.

La obra de Díaz Rodríguez, de Zumeta y de Coll suscita imitadores y es en la alborada del 900 la que orienta a los jóvenes en aquel inquieto y confuso momento literario. Surgen escritores como Alejandro Fernández García, autor de

varios libros de cuentos y poemas en prosa («Oro de Alquimia», «Bucares en Flor», «Los Colibríes de Fray Serafín»); como Alejandro Carías, elegante poeta y ensayista, como Leopoldo Landaeta original temperamento de poeta y de crítico, influido por los grandes escritores ingleses—por Ruskin, Pater, Wilde y Malew Arnold,—como Luis Lovera Castro que vierte en comentarios y glosas llenas de intención la encendida palabra de Zaratustra.

La poesía tiene nombres como el de Lazo Martí que representa entre los poetas la tendencia criollista: canta la belleza de sus llanuras en el hermoso libro «Crepusculares» y en su magistral «Silva Criolla», como el lírico Santaella, autor de uno de los más hermosos poemas que se han escrito en Venezuela: «El Inefable», como Udón Pérez que aspira a ser el poeta de toda una raza y escribe vastos poemas sobre las selvas de Venezuela, la vida en los campos de la tierra caliente, las razas indígenas. («Iguaraya», «Tatuaje», se llaman estos poemas). Entre las agitaciones de una vida inquieta, nómada, aventurera—pasando diez o más años de su juventud en los presidios de Castro y de Gómez—escribe Alfredo Arvelo Larriva hermosos, pícaros y modernísimos versos, y acaso el más completo libro de poesía que se haya hecho en el país, «Sones y Canciones». Entretanto Carlos Borges, cultísimo y espiritualísimo sacerdote que se ha quitado los hábitos, eleva los bellos cantos de profano amor que se llaman «Tu Piano», «Confesión» y «El balcón de Margarita». Después vuelve al redil de Cristo... Solloza su expiación y canta lúgubres canciones desesperadas. Arreaza Calatrava quiere ser nuestro Guerra Junqueiro: tiene pasión, color y justa palabra. Escribe «Cantos Civiles», «Cantos de la Carne y del Reino Interior», «Odas-Lo triste y otros poemas».

El crítico implacable, exigente, cultísimo y sensible de esta generación es Jesús Semprún cuyos firmes estudios de Psicología y Medicina le suministran documentos para su juicio. No ha publicado ningún libro pero su obra copiosa, dispersa en revistas, diarios y folletos daría para varios volúmenes.

Dentro de la Literatura caben por lo extenso de su preparación literaria y la gracia y fervor de su exposición los sabios Elías Toro que narró sus descubrimientos y accidentes de explorador en un libro divertido como una novela: «Por las selvas de Guayana»; Esteban Gil Borges cuyas lecciones sobre Filosofía e Historia del Derecho, Literaturas antiguas y cuestiones generales de Cultura recuerdan a Max Müller: ejerce por su sabiduría, tolerancia y palabra insinuante y cálida sobre la juventud venezolana una influencia semejante a la de don Enrique Molina, en Chile; desterrado a los Estados Unidos por el Dictador Gómez, allí se premiaron sus méritos eligiéndolo hace pocos meses Sub-Director de La Unión Panamericana. En él pensamos los jóvenes como en uno de los futuros organizadores del país...

Lisandro Alvarado cuya labor científica de etnólogo, lingüista e historiador nos enorgullece, también sabe revestirla de elegancia y propiedad literaria. Sobre las tribus indígenas de Venezuela, sobre los exploradores blancos que penetran en las profundas selvas del Orinoco y del Amazonas en solicitud de la sarrapia, el oro y el caucho, ha escrito amenos relatos autobiográficos el Dr. Samuel

Dario Maldonado. El poeta Gorrochotegui también vivió allí y trajo de las selvas un poema: «Aramare». En cuanto a Rufino Blanco Fombona—de la misma arrojada raza de aventureros—ha escrito páginas bárbaras y deleitosas sobre la época en que fué Gobernador del Territorio Delta Amazonas, en plena selva, a 30 y más días de Caracas.

De los escritores surgidos después del 900 pronto mueren jóvenes tan llenos de promesas como Emiliano Hernández, Mario Torres Rodríguez y Enrique Soublette. La muerte de Soublette fué especialmente lamentable. Pocas veces nació entre nosotros un temperamento de escritor más vasto, más sensible, más intuitivo y poderoso. Hombre de acción al par que escritor. Su breve vida estuvo llena de secundas y magníficas iniciativas. Fundó el grupo «La Alborada» que al par que literario quería lanzarse en una evangélica y desalada empresa de renovación social. Su literatura recuerda a los rusos, a los escandinavos. Nada hay en el de español. La mayor parte de sus libros—novelas, ensayos y dramas—permanecen inéditos, celados y custodiados por una hermana monja que le teme al Diablo y a la Herejía y no ha querido entregarlos a los editores. La vida de Enrique Soublette inspiró a su camarada Rómulo Gallegos una magnífica novela: «El último Solar».

Gloriase la juventud venezolana de estos días con los dos mejores novelistas que tuvo hasta ahora: José Rafael Pocaterra y Rómulo Gallegos. Rufino Blanco Fombona ha divulgado en América por medio de su Editorial de Madrid, algunos de los libros de Pocaterra: «Vidas Oscuras», «El Doctor Bebé», «Cuentos Grotescos». Otros ha publicado y guarda inéditos como «Tierra del Sol amada», «Memorias de un venezolano de la decadencia», «Patria, la mestiza». Fuerte, sobrio, certero, Gallegos ha publicado esas visiones de Venezuela que se llaman «Los aventureros», «Los inmigrantes», «La Rebelión», «El último Solar». Con sus cuentos dispersos en diarios y revistas hay para varias colecciones. Tiene otras novelas inéditas. Junto a estos nombres podrían ponerse los de Julio Rosales, autor de graciosas novelitas campesinas como «Aires Puros» y «Bajo el Cielo Dorado»; Julio Planchart que hace crítica social en sus cuentos y novelas cortas, y un joven dramaturgo y comediógrafo, destinado a obtener fama cuando nuestro teatro salga de sus escenarios provincianos: Leopoldo Ayala Michelena.

En prosas llenas de color Ramón Hurtado nos cuenta las visiones de sus viajes («Cofias, nieblas y molinos») y exóticas y sugerentes fantasías y poemas en prosa que recuerdan a Baudelaire y a Aloysius Bertrand: («La Hora de Ambar»).

Entre los jóvenes hay un crítico como Alberto Zérega Fombona que acompaña en París a los hermanos García Calderón en su labor de difusión americanista; ha escrito trabajos de tanto mérito como su cabal estudio sobre «El simbolismo francés en la moderna poesía castellana».

Entre los muchachos de veinte años hay algunos cuyos nombres ya empiezan a traspasar las fronteras. Poetas como Andrés Eloy Blanco, Gonzalo Carnevali, Enrique Planchart, Luis Enrique Mármol, Rodolfo Moleiro, Pedro Sotillo. Un humorista tan fino como Francisco Pimentel (Job Pim), autor de deliciosos versos,

poemas y dramas macarrónicos. Su obra maestra se llama «Jabón de Castilla» tragedia en 4 actos sostenida en versos tan empenachados—sólo que son de risa—como los de Marquina. Es autor además de una enciclopedia de la gracia y del humor criollos: la «Enciclopedia Sigüi» y de los afamados «Pitorreos». Redacta en compañía del caricaturista Leoncio Martínez (Leo) la revista humorística y literaria «Fantoques». Sobre el pasado de Venezuela, ha escrito novelas retrospectivas el joven escritor Enrique Bernardo Núñez («Sol Interior», «Después de Ayacucho»). Vicente Fuentes, rudos y vigorosos relatos marinos de la Isla de Margarita. El ensayo filosófico y la crítica trascendental tiene jóvenes cultivadores como Eduardo Arroyo Lameda, Jesús Enrique Losada, Mario Briceño Iragorry, Agustín Aveledo Urbaneja, José Antonio Ramos Sucre...

Sobre el medio doloroso en que actúa y se abre camino esta juventud, hablaremos otro día...

MARIANO PICÓN SALAS